

MORIR PARA VIVIR:

EL SECRETO DE LA INDIFERENCIA IGNACIANA

Meditación – 2025

Debemos ahora, queridos hermanos, meditar sobre la tercera parte del Principio y Fundamento, que es la sección en la que San Ignacio dice que debemos ser indiferentes.

[23] PRINCIPIO Y FUNDAMENTO.

Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos creados.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

Usaremos entonces para esta meditación, la oración preparatoria que hemos estado utilizando hasta ahora.

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Pedirle, en lo profundo de nuestro corazón a nuestro Dios, que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones de esta meditación, estén orientadas a la mayor honra y gloria Suya y a la salvación de nuestra alma.

Composición de lugar:

También en la soledad verme rodeado de Dios nuestro Padre que ve en lo secreto, que ve en lo profundo de mi corazón «*tu Padre, que ve en lo secreto*» (Mt 6,18).

Petición:

La petición será comprender esta gran verdad que es el principio y fundamento, en particular la indiferencia. Pedir alcanzar esta actitud de espíritu que es la *donación total a Dios*.

PUNTOS

Hay una brevísima Parábola de nuestro Señor en los Evangelios: «*En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, no lleva fruto. Mas si cae en la tierra y muere, lleva fruto grande*» (Jn 12,24). Estas palabras son pronunciadas por Jesús antes de anunciar su muerte y su triunfo sobre la muerte.

Nosotros en la primera meditación consideramos a Dios y su providencia. Lo consideramos como Padre, como Creador, como bueno. Es precisamente esa providencia de Dios la que abandonó a Cristo en la Cruz como Él mismo lo dijo: «*Padre, ¿por qué me has abandonado?*». La prueba fuerte de la providencia es el martirio, es el sacrificio. Dios abandona –aparentemente- a los mártires después de advertirles que «*ni un cabello de su cabeza perecerá*». Y sin embargo, esa misma providencia amorosa es la que nos dice que de todos modos hay que morir, que hay que morir en la vida para salvarse: «*El que pierda su vida por mí, la ganará*» dice el Señor.

Para ir al Cielo hay que morir primero, nos guste o no nos guste. Hay que matar los deseos carnales, lo cual en cierta manera es matar el corazón. Hay que llegar al desapego de todo. Hay que vaciar el corazón para darle lugar a Dios. Hay que vaciar el corazón de las cosas para poder llenarlo de Dios. Dos contrarios no pueden coexistir en el mismo lugar. O, como dice el Señor: «*No podéis servir a Dios y al dinero*». Y el tema es que Dios no se conforma con “un pedacito” de nuestro corazón. Dios es un Dios celoso, Él quiere todo nuestro corazón.

Entonces esto es lo que enseña Cristo en esta pequeña parábola del grano de trigo: nos enseña la **donación total**, que es el resumen de la espiritualidad de los Santos Ejercicios. Es la **noción esencial de devoción**, según santo Tomás de Aquino, es la muerte mística de la que hablan los maestros de la espiritualidad que pone el alma en un “sí” habitual e incondicional a Dios. Es la **indiferencia ignaciana**.

Por tanto, la enseñanza principal de Cristo en esta parábola -y que es lo que tenemos que conseguir en esta meditación- es que **la prueba de la fe en Dios es el amor**, el amor total, el amor heroico, el amor radical. Es el heroísmo hasta la muerte, que además no es obligatorio. Ésta es la belleza de todo: que ese sí total heroico a nuestro Dios, no es obligatorio. Dios no quiere que sea una obligación. Quiere que sea donación. Quiere que sea regalo. Quiere que sea libre porque eso es lo que nos santifica.

Y el sermoncito que sigue confirma la interpretación de esta parábola. Jesús explica esta doctrina del grano de trigo brevemente en dos líneas, diciendo así: «*El que ama su alma la pierde; pero el que aborrece su alma en este mundo, la guardará para la vida eterna*» (v 25). Un breve sermoncito, pero profundísimo obviamente viniendo de la boca del Señor.

San Juan Crisóstomo comenta:

«Mas ¿cómo es eso que quien ama su vida la pierde?. Es decir, quien obedece a las perversas concupiscencias y a ellas se entrega; quien les concede más de lo conveniente. Por tal motivo, el sabio amonesta: «*No vayas detrás de tus pasiones*» (Ecle 18,30). Porque de este modo perderás tu vida, puesto que te desviarás del camino que lleva a la virtud. Y por el contrario: *el que aborrece su vida en este mundo, la guarda*. ¿Qué quiere decir *el que la aborrece*? El que le resiste cuando le pide

cosas dañinas. Y no dijo: el que no se fía; sino *el que aborrece*. Así como a quienes odiamos no podemos ni oírlos, ni verlos plácidamente, así conviene contrariar al alma enérgicamente cuando pide y exige lo que contraría la voluntad de Dios». (In Io., hom. LXVII) .

Para odiar enérgicamente los deseos desviados de nuestra voluntad debemos ser héroes, y la caridad es heroica cuando está revestida de la generosidad (que en realidad no estamos diciendo otra cosa sino que es auténtica caridad). La auténtica caridad siempre va revestida de la generosidad.

Por eso San Pablo, en esa descripción que hace de la caridad, no pone propiamente la generosidad como uno de los atributos de la caridad, porque la generosidad no es un acto de sobreabundancia de la caridad propiamente, sino que pertenece a la esencia de la caridad. La caridad por esencia es generosa. Todo lo que hace la caridad tiene como telón de fondo la generosidad.

Y por eso Dios funda la Iglesia en base a la generosidad, no a la obligación: la vida religiosa, el sacerdocio, las misiones, las obras de caridad, el matrimonio, no son materia de obligación, es decir, de pecado si no lo hago. Porque esa es la obligación: «No matarás» es una obligación, es un Mandamiento. Y si mato peco, ofendo a Dios. Pero todo lo que mencioné antes las misiones, la vida religiosa, el sacerdocio, el matrimonio, no están mandados bajo un decálogo, no son un mandamiento. Son materia de elección, no de obligación. Son materia de heroicidad, no de pecado. Por ejemplo, si no hubiese sacerdotes, no habría Sacramentos, no habría sacrificio. Entonces, estas cosas no son obligación de que “peco si no lo hago”, y sin embargo son absolutamente necesarios para la Iglesia. La Iglesia no podría subsistir sin esto. La Iglesia no podría subsistir sin sacerdotes. La Iglesia no podría subsistir sin familias. La Iglesia no podría subsistir sin misiones.

Por ejemplo, como les decía, si no hubiese sacerdotes no habría Sacramentos, no habría sacrificio, y sin embargo el sacerdocio no es obligatorio. Ningún hombre comete pecado si no sigue el llamado al sacerdocio. El casarse no es obligatorio, el matrimonio no es obligatorio, pero es absolutamente necesario porque la familia es la base de la sociedad, y es la base de sociedad eclesíástica también. Sin embargo, no es obligatorio. O las misiones que son necesarias para la propagación de la fe, o las obras de caridad, o la santidad misma. ¿Qué sería de la Iglesia sin Santos? Sin embargo, no es una obligación.

Dios nos pide actos heroicos y sin embargo no nos obliga a eso, sino que nos deja librados a nuestra generosidad. Dios confía en nosotros, en nuestra nobleza, y nosotros le tenemos que responder noblemente, generosamente.

El fruto de este morir como el grano de trigo es la **indiferencia**, porque justamente la indiferencia no es indiferencia como la entendemos en el lenguaje común, como apatía por las cosas. La indiferencia no se identifica con el nirvana budista. No es “nada”. No es muerte simplemente: **es vida, y vida en abundancia**, es vida vibrante, es vida enérgica, porque es amor, y es amor de donación, es amor sacrificado, es amor total, es amor radical, es darme todo al que amo, es Vida propiamente.

Hay veces que incluso a la indiferencia ignaciana se la interpreta como el “morir a las criaturas”. ¡Sí!, pero eso es parte nada más de la indiferencia. No es lo que define la

indiferencia. Lo que define la indiferencia es el **elegir a Dios primero**, el elegir a Dios **sobre todo** y **antes** que todo; es Vida propiamente dicha. Por eso es que el Señor la compara a la vida, «*el que pierda su vida la ganará*». O sea estará más vivo que nunca.

Frutos de la indiferencia ignaciana

- * Entonces los frutos de este morir como el grano de trigo, en primer lugar, es que **nos aleja definitivamente del pecado**. Por eso es que también San Agustín va a decir: «Ama y haz lo que quieras». Es decir, porque el que verdaderamente ama, ya está sobre la ley, está sobre toda ley, está guiado por el amor de Dios. Entonces, el que ama verdaderamente no va a hacer nada que no le plazca a Dios. Va a hacer únicamente lo que Dios quiera, porque está guiado por el amor, está guiado por la indiferencia, es decir, nos aleja definitivamente del pecado.
- * En segundo lugar, como consecuencia de esto, nos eleva a una **mayor independencia de las cosas**, porque el influjo desordenado de las cosas ya no es tan fuerte, porque estamos por así decirlo poseídos por el amor, porque el indiferente solamente necesita a Dios, nada más, es lo único que lo hace feliz. La voluntad de Dios es lo que lo hace feliz, es lo que lo guía.
- * Otro efecto de esta indiferencia es que el indiferente **se contenta de todo y no quiere sino la voluntad de Dios**. La indiferencia produce una visión sobrenatural tal que los indiferentes no pueden ver sino la voluntad de Dios, ver la mano de Dios en todo.
- * También nos **guarda el corazón y lo hace exclusivo de Dios**, como el marido fiel o la esposa fiel que guarda su corazón sólo para el esposo, para la esposa, para el que ama. Entonces, guarda nuestro corazón.
- * En un corazón indiferente también se **produce la paz interior**, y la persona indiferente **practica el recogimiento** en la medida en que se lo permite la obediencia, o sea en la medida en que Dios se lo permite.
- * Y, finalmente también, el corazón indiferente se refleja en un deseo de conseguir con toda la perfección posible **la glorificación de Dios**, es decir que se glorifique a Aquél que ama.

Coloquio.

Pedir la gracia de no quedarnos en una consideración general (muchos hacen una consideración con buena voluntad o más o menos buena) sino de tomar la resolución de vivir las consecuencias de esta doctrina, vivir las consecuencias del amor a Dios. Dios me quiere todo. Dios quiere que toda mi vida sea un continuo acto de amor a Su voluntad. Quiere que yo me enamore completamente de Él.

Pidámosle entonces esta gracia a nuestro Señor por manos de su Madre María.

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.